

Crítica literaria: *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez*

■ ■ Gabriel Robledo Esparza**

I. El amor puro vs el amor domesticado

En la primera parte de esta obra, Gabriel García Márquez establece un contrapunto entre dos tipos de amor: El amor secreto de Jeremiah de Saint Amour y su insospechada amante, y el amor “domesticado” de Fermina Daza y Juvenal Urbino. Jeremiah de Saint Amour y su amante han sostenido por muchos años una relación amorosa oculta a los ojos de la gente; ella ha seguido fielmente a quien es un evadido de Cayena, condenado a cadena perpetua por un crimen atroz; el amor de la habitante del antiguo barrio de los esclavos tiene por objeto a quien es la negación viviente de todos los valores de la sociedad.

El doctor Juvenal Urbino es, por el contrario, toda una institución pública. Es el último vástago de una familia aristocrática de las más antiguas de la ciudad, heredero del prominente lugar social que aquella ha ocupado siempre. En su juventud, vivió en Francia, en donde cursó la carrera de medicina; al término de sus estudios volvió a su ciudad natal para convertirse en el más importante impulsor de la cultura y el progreso. A su regreso del extranjero contrae matrimonio con Fermina Daza.

El amor que existe entre Juvenal Urbino y Fermina Daza tiene como objeto el conjunto de intereses materiales, intelectuales y morales que aquel recibió por herencia y que ha incrementado con su propio esfuerzo; el amor de Fermina Daza tiene como su centro la categoría social que Juvenal Urbino encarna; por su parte, el amor de éste se proyecta hacia quien es el complemento (y, por lo tanto, uno más) de aquellos intereses que él representa. No se trata de una relación pura y simple entre dos personas que haga abstracción

de sus condiciones económicas y sociales; es, por el contrario, una relación necesariamente mediada por esas mismas condiciones.

García Márquez utiliza la descripción de estas dos formas opuestas del amor para esbozar una de las tesis fundamentales de su novela: en el matrimonio, por definición, no existe una unión humana entre los cónyuges sino un vínculo establecido a través de las cosas y las condiciones sociales.

Al morir Jeremiah de Saint Amour y el doctor Juvenal Urbino se inicia prácticamente la grotesca historia de amor que García Márquez pretende sea la historia del amor. Florentino Ariza y Fermina Daza sostuvieron en la adolescencia un noviazgo que fue cortado de tajo por el padre de ella; para el efecto la lleva a un largo viaje del que regresa por completo curada de su pasión amorosa. Entretanto, ha vuelto de Europa, después de concluir sus estudios de Medicina en París, el Dr. Juvenal Urbino, siendo portador de la cultura y el progreso de Francia. Fermina y el doctor Juvenal se conocen, se tratan fugazmente y contraen matrimonio.

García Márquez establece aquí otro contrapunto. Por un lado, el amor puro entre dos adolescentes ajenos a las exigencias de la sociedad, que incluso desarrollan sus sentimientos en franca lucha contra los prejuicios al uso; por el otro, el amor que tiene como su objeto la intrincada red de intereses materiales, intelectuales y morales que concentra en su persona el doctor Urbino.

El matrimonio de Fermina y Juvenal es la historia del amor domesticado o de la domesticación del amor. La relación personal está por completo supeditada a los intereses materiales de la procreación, alimentación, formación y educación de una familia, la conservación y acrecentamiento de la herencia familiar y por las exigencias de todo tipo que la cada vez más relevante posición pública de Juvenal trae consigo. El amor adolescente se trueca, en Fermina Daza, en el amor domesticado. A lo largo de su matrimonio, Fermina

*Publicado en el número 103 (septiembre de 2020, pp. 5-15).

** Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Nuevo León e investigador independiente con temas de interés en Filosofía, Filosofía marxista, economía, Física y Cosmología.

Daza se va dando cuenta de que lo que hay entre ellos no es amor, sino la simple costumbre de vivir juntos; hace el descubrimiento, en su caso personal, de la imposibilidad del amor dentro del matrimonio. Tras la apariencia de la felicidad conyugal, se gesta en Fermina un sentimiento informe, mezcla de desencanto, aversión y odio.

Por su parte, Florentino Ariza, al ser repudiado por Fermina Daza, y después de jurarse a sí mismo que sin importar cuánto tiempo pase la hará finalmente suya, inicia una prolongada serie de aventuras amorosas clandestinas con solteras, viudas y casadas de todas las edades, con ninguna de las cuales entabla una relación duradera y estable. Aquí García Márquez pone en juego un nuevo contrapunto: por un lado el amor conyugal y por el otro su resultado necesario, el amor clandestino.

Para García Márquez, la naturaleza del amor conyugal, que implica necesariamente la insatisfacción, el desamor e incluso el odio entre los cónyuges, genera necesariamente las relaciones extraconyugales; los prejuicios sociales, que imponen a las viudas, sobre todo a las jóvenes, una castidad imposible, obligan a que éstas busquen la satisfacción de sus necesidades sexuales en la clandestinidad; y, por último, las condiciones económicas, que difieren la satisfacción de las necesidades sexuales de las jóvenes hasta el matrimonio, dan lugar a que muchas de ellas la obtengan previamente y en forma subrepticia. Es evidente que todos estos tipos de amores furtivos, los cuales ha practicado extensamente Florentino Daza, no representan una verdadera relación humana en el sentido que ésta tiene para García Márquez.

El amor puro de la adolescencia se convierte, para Florentino, en el sucio amor efímero realizado en las alcobas ajenas o en sus lujosas oficinas. García Márquez opone, aquí, a la imposibilidad del amor en el matrimonio la imposibilidad del amor fuera del matrimonio; sienta así otra de las tesis principales de su historia. Dicho de otro modo, a través de esta contraposición polar, García Márquez postula la tesis de que las condiciones económicas y sociales, la forma de organización de la sociedad en suma, hacen imposible una relación amorosa plena entre dos seres humanos. El amor humano es, para García Márquez, aquel que hace abstracción de esas condiciones materiales, como los casos excepcionales del amor entre el presidiario evadido

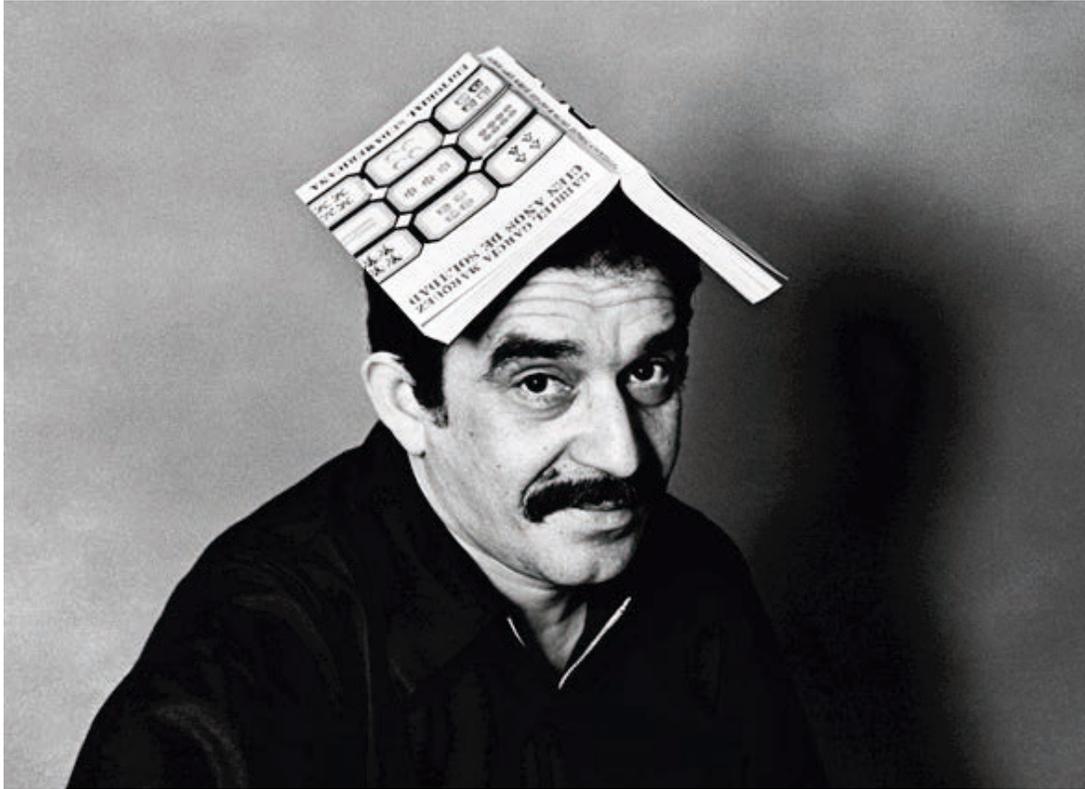
y la amante secreta o del amor adolescente entre Florentino Ariza y Fermina Daza. La muerte del Dr. Juvenal desencadena una serie de situaciones que llevan a su clímax la historia de amor.

Florentino Ariza, sin haber encontrado el amor en la práctica del amor, y Fermina Daza, decepcionada por el descubrimiento de la verdadera naturaleza del amor conyugal, reanudan, cerca de la octava década de sus vidas, el idilio roto 60 años antes. No es, en realidad, el sacar a la superficie un mutuo sentimiento mantenido por la fuerza en las profundidades de sus almas; se trata del surgimiento de un sentimiento totalmente nuevo, que tiene como base el desencanto amoroso de ambos. La negación del amor que fue su matrimonio, y el odio soterrado hacia su marido desarrollado a lo largo de su vida conyugal, llevan a Fermina a enamorarse de Florentino; la ausencia del amor en sus múltiples aventuras amorosas y no, ni mucho menos, aquel juramento de hacerla suya a toda costa, fue lo que impulsó a él a enamorarse de Fermina.

El amor surge impetuoso entre estos dos seres que frisan los ochenta años y culmina en la plena posesión física de ambos. La novela termina cuando los protagonistas viven interminables horas de amor sexual en el camarote de un barco que está condenado a nunca llegar a puerto. Este amor senil, repugnante, es el único que, para García Márquez, permite esta forma de organización de la sociedad. El amor humano de Fermina y Florentino ha sido destruido por la sociedad y en su lugar ha surgido, al final de sus vidas, esa pasión ridícula y monstruosa que es también la negación del amor. Los postulados de García Márquez en esta novela son, pues, fundamentalmente, los siguientes:

- a) El amor humano es aquel que se da entre los individuos en atención a sus valores morales e intelectuales intrínsecos.
- b) En la sociedad actual, las relaciones entre las personas, incluyendo las amorosas, están mediadas por las cosas y las condiciones económicas y sociales.
- c) En consecuencia, en la sociedad actual, ya sea dentro del matrimonio o fuera de él, es imposible la realización del amor humano entre las personas.

Lo que aquí hemos expuesto como tesis o postulados de García Márquez no aparecen explícitos en su



Gabriel García Márquez en 1975

obra; es la labor del análisis la que debe, partiendo de las manifestaciones exteriores del poeta o del literato, llegar a las profundidades de sus más íntimas motivaciones, sean éstas o no conscientes para él. De por sí, la forma literaria tiene un lenguaje específico que debe ser descifrado para llegar a lo que el autor quiso expresar, a la idea que en el fondo intentó transmitir a sus lectores; más allá de ello, el autor, como integrante de una clase social específica, es portador consciente o inconsciente de su ideología y sus prejuicios, los cuales son el último límite para cualquier imaginación, aún la desbordada de García Márquez; buscar y hacer explícitas la ideología y los prejuicios subyacentes en la obra literaria es la tarea fundamental del análisis.

II. Crítica

García Márquez es integrante de la intelectualidad pequeño burguesa, capa superior ésta de la pequeña burguesía urbana. Como tal, es poseedor de la ideología y los prejuicios de esta clase social, los cuales permean por completo todas sus obras.

En *El amor en los tiempos del cólera* da forma literaria al perjuicio pequeño burgués acerca de la naturaleza del amor en la sociedad capitalista. Para la pequeña burguesía, el régimen de producción capitalista es antihumano porque anula la preciosa individualidad de sus integrantes (su inteligencia, su sensibilidad, su imaginación, etcétera); las relaciones entre ellos no son espontáneas, naturales, humanas, sino impuestas y condicionadas por el “aparato de dominación total”, siempre en función de los intereses del capital. El matrimonio es el ejemplo clásico de institución al servicio del capital; en él, las relaciones conyugales tienen como finalidad la producción y reproducción de los elementos del capital; de ahí entonces que, por definición, para la pequeña burguesía, el sentimiento que une a los esposos sea antinatural y antihumano, y aunque tome el nombre del amor, sea en realidad su negación. Las relaciones amorosas clandestinas, como producto necesario, como contrapartida del amor conyugal, participan de la misma naturaleza de éste; son otras tantas formas de la negación del amor.

Para la pequeña burguesía, el régimen verdaderamente humano será aquel que permita el libre desarrollo de las capacidades individuales de los miembros de la sociedad y que genere, por tanto, entre ellos, sentimientos genuinos, humanos; la pareja humana estará entonces unida por un sentimiento natural, espontáneo, humano, por el amor humano.

La pequeña burguesía considera que la sociedad verdaderamente humana es aquella en donde, aniquilado el gran capital, se desarrolle libremente el individuo como tal. La pequeña burguesía es una clase esencialmente poseedora; es el germen o el producto del gran capital y, en términos generales, su complemento inseparable. Participa, por tanto, de la naturaleza esencial de las demás clases sociales poseedoras; es su querida hermana menor. La base de sustentación del régimen capitalista es la absoluta individualización, la atomización de sus miembros; la sociedad capitalista es el reino de las capacidades y facultades individuales. En un movimiento dialéctico, alternativamente, el capital estimula y reprime esas facultades y capacidades hasta el punto en que a sus intereses conviene; la pequeña burguesía, sobre todo sus capas superiores como la intelectualidad, los escritores, los artistas, se ve sometida como clase a ese estrujamiento, bajo la tutela de la burguesía, entre los dos polos mencionados. Esto hace nacer en ella la necesidad de un desarrollo autónomo e ilimitado de esas capacidades y facultades, reputándolas como verdaderamente humanas frente a las que engendra y luego reprime la gran burguesía. Pero, como vemos, la reivindicación de la pequeña burguesía no se refiere a las capacidades y facultades del hombre directamente socializado que es el integrante de la sociedad comunista del futuro, sino a las capacidades y facultades del individuo como tal, que es la negación de la naturaleza humana y constituye el fundamento más íntimo del régimen de producción capitalista.

Si se instaurase el reino de la pequeña burguesía –lo cual es absolutamente imposible–, aparte de que más temprano o más tarde saldría de su seno una gran burguesía que accedería al poder, aquella mantendría e incrementaría la explotación sobre el proletariado, al tiempo que dejaría libre curso a las capacidades y facultades del hombre individual.

García Márquez opone al amor domesticado y a su contrapartida el amor clandestino el amor humano; pero para nada cuestiona la verdadera naturaleza del amor en cualquiera de sus manifestaciones; no intenta siquiera penetrar en las profundidades de ese sentimiento del hombre para encontrar su esencia, el otro que existe en su interior. El amor, bajo cualquiera de sus formas, es un sentimiento antinatural y no humano que es generado necesariamente por el régimen de producción existente; es una forma de la enajenación de la naturaleza humana; es un sentimiento degradante y repulsivo, porque cada hombre actúa sobre los demás como sobre sus objetos. Precisamente porque no existe una relación espontánea y natural entre los seres humanos, sino, por el contrario, su individualización y atomización, es por lo que se genera ese sentimiento antinatural que trata de unir por la fuerza lo que por su naturaleza es separado y autónomo.

III. El núcleo del amor es la relación sexual

En el régimen de la propiedad privada, la colectividad ha sido abolida y en su lugar queda el individuo puro y simple. En este contexto, la necesidad sexual es una necesidad individual que se rige por el principio del placer: es una necesidad exacerbada que requiere una satisfacción también exacerbada. La necesidad sexual tiene primero un desarrollo interno que comprende la exacerbación de la necesidad y la autosatisfacción placentera.

El individuo dota a sus órganos y procesos orgánicos de la facultad de desarrollar una necesidad sumamente avivada y una satisfacción magnificada, placentera de la misma. Esta sustantivación de la corporeidad y la sensoreidad [sic] de los individuos (producida directamente por la propiedad privada) es antinatural y antihumana; es una verdadera prostitución de la naturaleza humana del hombre. El individuo se hace a sí mismo objeto de sus apetitos, especula con sus órganos y procesos orgánicos para obtener de ellos una sensación placentera.

En este sentido, la sexualidad se manifiesta primeramente como homosexualidad, porque el objeto de la sexualidad es el propio organismo del sujeto, es decir, alguien de su mismo sexo. El individuo establece las características físicas del individuo del sexo opuesto como un objeto para la satisfacción placentera de su necesidad exacerbada.

Al mismo tiempo, da a sus atributos físicos el carácter de objeto para la satisfacción sexual del otro individuo.

La heterosexualidad es el goce de los propios procesos orgánicos mediante la utilización de otra corporeidad; tiene, por tanto, como su fundamento más íntimo a la homosexualidad en su expresión más degradante, es decir, aquella que toma a su propio organismo como objeto; la homosexualidad clásica no es sino una variante de la homosexualidad implícita en la relación heterosexual; la heterosexualidad tiene en sí mismo a su otro que es la homosexualidad. Esta doble objetivación de la corporeidad y la fisiología del individuo es también antinatural y antihumana, es una prostitución elevada a la segunda potencia de la naturaleza humana.

La relación sexual tiene como propósito la apropiación del objeto, la cual es primeramente mental, y la satisfacción del apremio sexual, que es autista. Posteriormente, la apropiación es real; la satisfacción se obtiene por medio de la utilización de los órganos, procesos orgánicos y fisiológicos del objeto sexual. Cuando está plenamente constituido, el mecanismo sexual implica a ambos: una apropiación mental que es el antecedente de una apropiación real; ésta, a su vez, avanza a través de excitaciones parciales hasta llegar al clímax erótico.

La relación sexual es un acto de cambio privado, un *do ut des*. Te proporciono mi corporeidad y mi sensoriedad para que satisfagas tu exacerbada necesidad sexual y tú haces lo mismo para mí. El presupuesto y el resultado de la relación sexual es un estado de constante insatisfacción exacerbada interrumpido por breves puntos climáticos de placer. Las características físicas del objeto sexual poseen una gradación de menos a más de acuerdo con la intensidad del placer que proporcionen. El *súmmum* de esta gradación es la belleza física. La forma superior de la relación sexual es la que se establece entre dos personas con atributos físicos superiores. Tal es el caso de los amantes de Verona, Romeo y Julieta, quienes son jóvenes y hermosos.

Los atributos físicos sustantivados como objeto para satisfacer la necesidad sexual exaltada, tienen un determinado valor de cambio. Mientras mayor sea el placer que proporcionen y, por tanto, su belleza, mayor será su valor de cambio. Así sucede con la argiva Helena, prototipo universal de la belleza. El valor de cambio de los atributos físicos está en

principio dirigido a obtener un equivalente en los atributos físicos del complemento sexual; pero, inmerso en el mundo infinito de las mercancías, también se puede cambiar adicionalmente por una variedad inmensa de las mismas: bienes, riquezas, posición social, etcétera.

Igualmente, el poseedor de bienes, riquezas, posición social, etcétera, puede sumar ese valor al de sus atributos físicos y obtener en el intercambio un objeto sexual de características extraordinarias. La persona que intercambia su corporeidad por la corporeidad del otro más un determinado volumen de objetos o relaciones valiosos, concede a éstos un carácter libidinal; quien adiciona a sus características físicas una cierta cantidad de bienes, considera a éstos como una extensión de su sexualidad.

Las mercancías, además de ser materializaciones sustantivadas de fuerza humana de trabajo, incorporan en sí mismas funciones fisiológicas de los individuos, poseen una naturaleza libidinal. La relación sexual tiene como núcleo el intercambio de corporeidades; para ello, las características físicas del individuo deben sustantivarse, convertirse en algo enajenable, en un valor de cambio para su poseedor originario, que en su destinatario se transformará en un valor de uso erótico; este otro individuo, a su vez, dará el mismo carácter a sus atributos físicos. A ese nódulo del intercambio sexual se suman todas las relaciones libidinales que están mediadas por los bienes o las posiciones sociales. Las diversas mezclas y las distintas proporciones en que todos estos elementos entran en la conformación de la relación sexual dan lugar a una infinita variedad de situaciones en que los individuos se pueden encontrar. De ahí las incontables posibilidades de la temática que aborda la literatura romántica y erótica.

Se pueden, por tanto, intercambiar, en una relación que tiene como núcleo a la relación sexual, atributos físicos, bienes, posiciones sociales, servicios personales, protección económica, virtudes morales, cualidades intelectuales y espirituales, etcétera, en variadísimas mezclas en las que puede incluso llegar a quedar oculta la relación fundamental. Una enumeración que no agota la totalidad de esas posibilidades, es la siguiente:

- Un intercambio de características físicas superiores (belleza) entre individuos de las clases

poseedoras, como en el romance de Romeo y Julieta.

- Un intercambio entre una belleza femenina excepcional y un individuo físicamente insignificante pero poseedor de una riqueza o una posición social relevantes.
- Un intercambio entre una mujer sin prendas físicas notables pero poseedora de bienes o posición social privilegiada y un varón únicamente dotado de belleza física. Un intercambio entre dos poseedores de fortuna y relaciones en el cual la presencia o ausencia de cualidades físicas introduce variantes a la dialéctica fundamental, que es la que existe entre las cosas.
- Un intercambio entre dos desposeídos en el que entran en juego la existencia o no de cualidades físicas y al cual se añaden relaciones de servidumbre y de potestad de páter familias.

Todos los enumerados son casos extremos; entre ellos existe un infinito número de variaciones posibles. La familia es la célula de la sociedad; en ella se produce y reproduce a los elementos personales del régimen de producción, que en los polos de la estratificación social son los obreros y los propietarios de los medios e instrumentos de producción. La familia se integra por una pareja y sus hijos; las parejas se forman con base en la atracción sexual y se establece como relación fundamental el intercambio sexual entre sus componentes. A la par de esta relación se dan otras que se refieren específicamente a la función económica de los individuos: en la pareja proletaria se intercambia la protección económica del varón por los servicios personales de la mujer, los cuales comprenden también la procreación de los hijos, futuros proletarios; en la pareja de propietarios se intercambian la manutención de la mujer por la dirección de los trabajos del hogar, la procreación de los herederos y la representación social. La relación con los hijos es también un intercambio de prestaciones de diversa índole: manutención actual por apoyo económico posterior y sostenimiento en la vejez, el sustento por la obligación de preservar la propiedad, etcétera. La familia es, por tanto, el lugar en donde se realizan todas aquellas transacciones de intercambio que implican prestaciones sexuales, económicas, de servicios personales, etcétera que tienen valores muy diversos y que coexisten en su interior en una abigarrada combinación.

En la familia se inicia el desarrollo de la sexualidad de los individuos; es por ello que los

primeros objetos teóricos de la necesidad sexual lo son ineluctablemente los integrantes de ese núcleo parental, y esto inevitablemente da lugar a que se presenten los llamados complejos de Edipo, de Electra y toda clase de tendencias incestuosas. A esto debemos agregar el hecho de que en los integrantes de la familia cuya sexualidad ya ha madurado pervive la indeterminación objetual, lo que los impele también a tener idealmente como objetos a los demás miembros de la familia. Estos deseos incestuosos son mantenidos a raya por una poderosa represión familiar, social y religiosa y enviados al subconsciente, dejando en la conciencia únicamente los objetos sexuales que están fuera del grupo familiar.

Las cualidades físicas del individuo transfiguradas como medios para satisfacer una necesidad sexual exacerbada, producen una sustancia con movimiento propio que baña a todo lo que existe en el mundo de la propiedad privada, las personas, las cosas y las relaciones; la sociedad en la que reina la propiedad privada llevada hasta su extremo, la sociedad capitalista, es una sociedad totalmente libidinal, una sociedad en la que la relación del individuo con los otros individuos y con los medios de producción y de vida es absoluta y totalmente libidinal, gratificante en grado extremo para su sensoriedad.

La notable economía de la naturaleza impuso a los mismos órganos dos o más funciones distintas; así, aquel en el cual radica la sexualidad humana es también el que realiza la función excretora. La sustantivación de las cualidades físicas para realizar el intercambio sexual implica por tanto la transfiguración de lo sucio y repulsivo en lo excelso y placentero. *Inter faeces amamos*. O, más propiamente dicho, amamos las heces; el sexo es escatológico por definición. Ver *El amante de lady Chatterley*, de Lawrence.

La relación sexual tiene como eje absoluto la necesidad exacerbada del individuo; la satisfacción placentera es lo primordial, y el objeto con que esto se logra es secundario. De ahí que la necesidad sexual sea en principio indeterminada y que, por tanto, admita teóricamente como objeto el mismo cuerpo del individuo, el de un individuo del sexo opuesto, el de un individuo del mismo sexo, el de un pariente consanguíneo, el de un niño, el de un adolescente, el de un adulto, el de un anciano, etcétera, aunque la

realidad le imponga límites a esos deseos acuciantes y solo permita que se realicen de acuerdo con ciertas reglas, cuya violación constituye toda la gama de las llamadas conductas sexuales desviadas, muchas de las cuales la pequeña burguesía, en su papel de alcahueta de la sociedad de consumo, de la cual constituyen una de sus ramas más frondosas las industrias de la pornografía y la liberación sexual, las ha acreditado como legítimas, naturales y humanas, como derechos inalienables del individuo humano; igualmente, la necesidad sexual es insaciable por definición, por lo que, por un lado incorpora cada vez a más órganos y procesos orgánicos al binomio displacer-placer, y por el otro, pronto agota el objeto sobre el que actúa y tiende inmediatamente a desplazarse a otro objeto, primero mentalmente y luego de facto.

El individuo de la sociedad en donde impera la propiedad privada se apropia realmente de su objeto sexual y al mismo tiempo se encuentra haciendo una evaluación, una apropiación teórica de otros objetos, hacia los que eventualmente puede dirigir su acción, abandonando momentánea o definitivamente al objeto primitivo. La infidelidad teórica o real es una consecuencia necesaria de la forma que adquiere la sexualidad en el régimen de la propiedad privada. La fidelidad tiene a su otro, a la infidelidad en sí mismo; cuando las relaciones económicas y sociales hacen imposible la transmigración real del individuo de un objeto a otro, entonces, mientras realmente se efectúa la apropiación sexual del objeto primitivo, idealmente se está tomando a otro objeto distinto.

En las sociedades en donde impera la propiedad privada, el régimen capitalista tiene como fundamento la propiedad privada llevada hasta sus últimas consecuencias, la necesidad sexual y su satisfacción tienen la característica fundamental de ser antinaturales y no humanas; lo que ahora se nos impone como necesario es determinar cuáles deberían ser los atributos de la necesidad sexual para que ésta tuviera la cualidad de lo natural-humano.

En primer lugar, presupone la desindividualización del ser humano; establecido esto, la necesidad sexual debe ser reducida a su mínima expresión, desexacerbada [sic], devuelta a sus límites naturales, biológicos; la satisfacción es despojada del carácter de una búsqueda del individuo para darse una gratificación placentera

y se le dota de la naturaleza de una función social determinada externamente al individuo por reglas que fija la colectividad; con ello, se elimina el proceso de objetivación de la corporeidad y la sensoriedad de los individuos que era indispensable para la realización de la función sexual en el régimen de la propiedad privada.

Lo que postula la pequeña burguesía como el reino de la humanidad, la sociedad formada por individuos como tales, es precisamente aquella en donde actuarían con más fuerza los elementos que generan el sentimiento antinatural y antihumano del amor, aunque ahora a sus ojos aparezca como un sentimiento verdaderamente humano.

La crítica implícita en la novela de García Márquez a una *forma* del amor a nombre de otra corresponde por completo a la ideología y las reivindicaciones de la pequeña burguesía en su lucha contra la gran burguesía; no trasciende en lo más mínimo los límites de la sociedad capitalista y no constituye, por tanto, una *negación* literaria de ésta sino su aceptación y confirmación más rotundas.

IV. Estilo literario

García Márquez es un comerciante de la literatura; tiene un amplio mercado que debe cubrir con cada una de sus publicaciones. Su clientela está formada por la pequeña burguesía internacional y por algunas delgadas capas del proletariado urbano; por lo tanto, su estilo literario debe, por fuerza, halagar los prejuicios, la ignorancia, etcétera, características de esta clase social y de los grupos que le son afines. Para mantener viva la atención de sus lectores, García Márquez emplea un método infalible: En el tema central de sus obras y en las descripciones, relatos, etcétera, que las integran, parte de lo común, normal y verosímil y asciende por grados hasta llegar a lo absurdo, monstruoso, grotesco, desorbitado y ridículo.

Así, en otra de sus obras, en *El Otoño del Patriarca*, empieza describiendo a un dictador latinoamericano típico, "normal", que ejerce personalmente un poder omnímodo desde un Palacio que es el centro nervioso de la vida política del país; al terminar, su personaje se ha convertido en una momia egipcia que vegeta solitario, sin ninguna relación ya con el mundo exterior, en un palacio invadido por animales domésticos, alimañas

y una exuberante vegetación tropical, ¡pero que sin embargo sigue detentando el mismo poder absoluto de antaño!

La intención de García Márquez es combatir a la oligarquía latinoamericana, ridiculizando, *en nombre de la pequeña burguesía*, a la especie toda de dictadores folklóricos que asola la región; su estilo literario de reducción al absurdo no tiene, entonces, como finalidad, develar el otro, es decir, la verdadera naturaleza de la oligarquía, lo cual la mostraría como la hermana mayor de la burguesía liberal y de la propia pequeña burguesía unidas en la común tarea de explotar al proletariado latinoamericano.

Al hacer la caricatura del dictador latinoamericano, García Márquez lo ha dotado de una naturaleza extraordinaria, lo ha magnificado; para poder lanzar todos sus proyectiles contra él antes le ha concedido una extraña virtud personal ya que a pesar de su ignorancia, estolidez y vulgaridad ha podido ejercer un poder personal despótico que se extiende hasta más allá de su existencia lúcida, cuando simple vegetal, lo que gobernaba era el borroso recuerdo del patriarca.

Por contrapartida, García Márquez ha tenido que minimizar hasta ocultar totalmente la base real del poder del patriarca y las relaciones mutuas de la oligarquía, la burguesía liberal y la propia pequeña burguesía; toda la rica dinámica de la lucha de clases queda por completo oculta tras la figura agigantada del patriarca, único protagonista de la vida política de la nación. En su afán de ridiculizar al dictador latinoamericano, García Márquez lo ha engrandecido, dotándolo de virtudes supra humanas; a la vez, ha rebajado por completo a quien quería enaltecer, a la pequeña burguesía, porque incluso el acto más glorioso de que es ésta capaz, la insurrección armada en contra de la oligarquía, es sustituida en la ficción literaria por la irrupción temerosa de un grupo de jóvenes que constituyen la avanzada del pueblo en un palacio de gobierno, cascarón vacío, que contiene, en la más apartada de sus salas, el cadáver del patriarca recién muerto. Mientras abren puerta tras puerta, alientan secretamente la esperanza de que no esté realmente muerto porque, en su infinita abyección, no conciben que el país pueda subsistir un minuto sin la dirección férrea del dictador.

El pueblo, incluida la pequeña burguesía, ha llegado a un estado de sumisión tal que en realidad es

gobernado por la imagen del patriarca que le ha sido introyectada convirtiéndose en parte de sí mismo; quien efectivamente gobierna es el monstruoso dictador que cada habitante lleva dentro de sí. García Márquez, en su propósito de atacar, en nombre de la pequeña burguesía, a la oligarquía en la persona del dictador, ha llegado a obtener lo contrario de lo que intentaba: Ha difuminado por completo la base social del poder del patriarca, exaltando la figura del mismo y minimizando y ridiculizando a la pequeña burguesía latinoamericana. Seducido por la forma, por el estilo literario que le ha dado la fama y el dinero de que ahora disfruta, García Márquez deja de lado su propósito inicial y lanza al vuelo su “portentosa imaginación”, con los resultados ya conocidos.

Pero este estilo de García Márquez de “reducción al absurdo” lejos de ser un defecto, constituye la mayor de sus virtudes literarias: en efecto, la clase social a la que representa y a la que dirige su literatura es parte estructural del sistema capitalista, y por lo tanto no plantea, ni puede hacerlo, una lucha abierta y a fondo contra la burguesía liberal y la oligarquía; por el contrario, su propósito es conquistar un lugar decente en el festín de la explotación capitalista; no se emplea a fondo en su lucha contra las clases contradictoras suyas y siempre está dispuesta a la conciliación y al compromiso con ellas, cuando no a la abyecta sumisión incondicional. De ahí entonces que no tenga ningún interés en la develación crítica de la naturaleza de la exacción que sobre ella ejerce, y que se contente con escarnecer a sus enemigos. García Márquez halaga los prejuicios de la pequeña burguesía, de los cuales él también participa, creando un personaje monstruoso, ridículo, aberrante sobre el cual dicha clase pueda volcar todo el escarnio del mundo, a la manera de una terapéutica psiquiátrica de masas.

El estilo literario de García Márquez es bello; pero la belleza es un valor de clase. Para la pequeña burguesía tiene valor estético todo lo que halague su naturaleza, es decir, su carácter de clase poseedora, su ignorancia, su “imaginación”, sus prejuicios en suma. Es indudable que García Márquez se ha convertido en un virtuoso de la literatura que ha sabido tocar las más íntimas fibras de la pequeña burguesía; es indiscutible que García Márquez escribe bellamente.

En la obra cuyo análisis y crítica nos ocupa, García Márquez utiliza también el método estudiado: El tema central es la historia de amor entre Fermina Daza y Florentino Ariza, la cual se inicia normalmente como cualquier historia de amor; al final, dos ancianos que frisan en los ochenta años se abandonan a una orgía sexual interminable, ridícula, grotesca y repugnante en el camarote de un barco que nunca puede llegar a puerto. ¡Otra vez la “desbordada” imaginación de Gabo! Su propósito contestatario en contra de la oligarquía y la burguesía liberal se diluye también en este caso y se convierte en su contrario.

La historia de amor entre Fermina y Juvenal y Fermina y Florentino es, hasta la muerte del segundo, la crítica pequeño burguesa, desleída y tibia, de las instituciones y los sentimientos burgueses; una vez realizada esta tarea, García Márquez pasa a la más agradable de sus obligaciones: caricaturizar esas instituciones y esos sentimientos para hacerlos objeto de la burla universal; para ello trae a escena, como desenlace de la obra, el amor senil, repugnante y monstruoso entre Fermina y Florentino, haciéndolo aparecer como la más íntima realidad del amor en la sociedad burguesa, como el único resultado posible del matrimonio y el amor burgueses.

Para poder derramar todo el ludibrio del mundo sobre el amor burgués, antes debe magnificarlo en una medida superlativa. Así, guiado por la “portentosa” imaginación de García Márquez, el amor de Fermina y Florentino adquiere la grandiosidad de los clásicos amores imposibles que deben luchar contra mil obstáculos antes de lograr su realización; lo monstruoso se transmuta en lo excelso.

Actuando sobre su premisa, el aberrante amor de estos dos ancianos embellecido por García Márquez transforma la crítica pequeño burguesa del amor en la mera enumeración de los escollos exteriores puestos a un sentimiento cuyo origen se remonta hasta la adolescencia de los protagonistas. O bien, manifestándose abiertamente en su descarnada monstruosidad, da al amor conyugal y al amor clandestino una nueva dimensión, por la cual éstos pierden por completo, ante la eclosión amorosa de dos ancianos, su naturaleza de relaciones

antihumanas –conforme al concepto de humanidad de la pequeña burguesía- y adquieren la justificación que tiene las cosas “razonables”.

La denuncia pequeño burguesa del surgimiento de los amores clandestinos como resultado necesario de la inhumano de la vida marital y la de la propia naturaleza antihumano de este tipo de relaciones ilícitas, en García Márquez evoluciona necesariamente hacia la glorificación de las hazañas de un “tirador” típico, quien, a la chita callando y cobijado por la sombra de una fama por él consentida de homosexual, ha conquistado a una impresionante cantidad de mujeres, de quienes lleva una secreta y exacta contabilidad.

El amor humano -de acuerdo al concepto pequeño burgués-, de por sí pésimamente representado por el amor del presidiario evadido y su amante y el amor adolescente de Fermina y Florentino, al final queda completamente desvirtuado por los excesos imaginativos de García Márquez; la relación espontánea y pura entre dos adolescentes deviene, bajo la pluma de nuestro escritor, en un noviazgo románticoide y cursi, llevado a través de una copiosa correspondencia que, prolongada por varios años, sustituye a toda relación “humana” entre ellos.

La crítica pequeño burguesa del matrimonio como un contrato mercantil, se ve reducida por García Márquez a la oposición superficial entre el amor desinteresado y el amor interesado, tema casi universal de los novelones de amor. La prostitución – desde el punto de vista pequeño burgués- de Fermina Daza al casarse sin amor y por interés con el doctor Juvenal Urbino, se trueca, gracias al estilo literario de García Márquez, en la clásica historia de amor entre la hermosa plebeya y el apuesto aristócrata. De hecho, esta novela de García Márquez ha sido calificada unánimemente por la crítica como una “novela rosa”, pero magistralmente escrita. En resumen, el estilo literario de García Márquez es superficial, reiterativo, aberrante, excesivo, grotesco, ridículo, absurdo, decadente y monstruoso, como corresponde a la naturaleza de la clase social a la que él pertenece y a la cual dirige sus producciones literarias.